



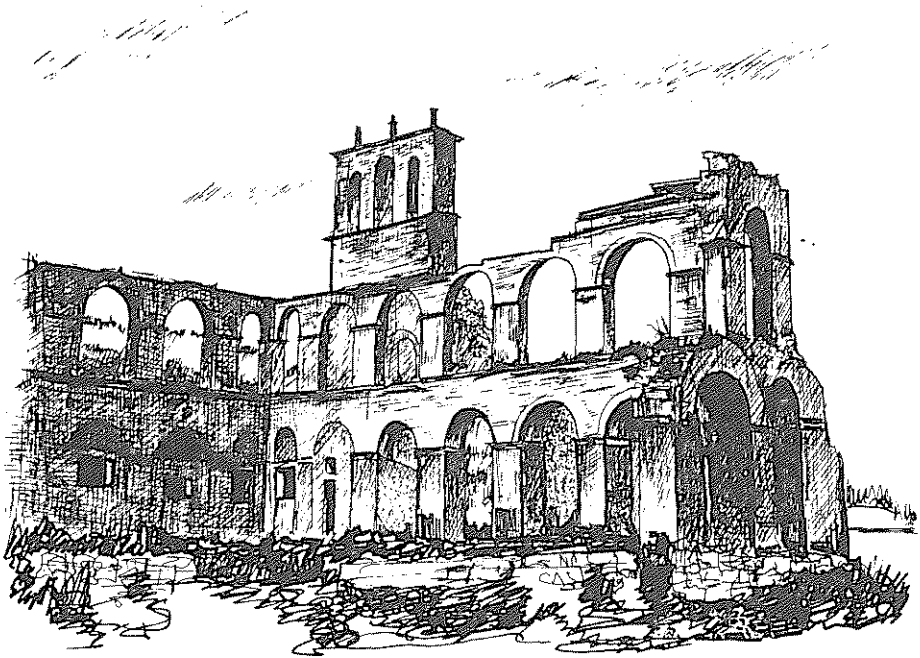
ARRIACA



Número Extraordinario II

Abril, 1989

Dos Apuntes
en torno al
Desmantelamiento del Monasterio de Ovila



Agapito Pérez Bodega

¡ADELANTE!

Tienes en tus manos, socio y amigo, un nuevo extraordinario de nuestro informativo "ARRIACA". El éxito del primero, publicado el pasado mes de agosto, queda de manifiesto en algunos párrafos que entresacamos de las muchas cartas y notas de felicitación dirigidas a su autor, el catedrático Agapito Pérez Bodega, y a la Casa de Guadalajara en Madrid:

"APODOS DE LA ALCARRIA (TRILLO)" me ha servido para aprender muchas cosas sobre la Alcarria. Muchas felicidades por tan interesante estudio (A. Herrera Casado, Cronista Oficial de la Provincia de Guadalajara).

La Casa de Guadalajara ha iniciado una línea editorial propia, que merece todo el aplauso de los bibliófilos alcarreños. Pulcramente editada, la obra supone una novedosa aportación al conocimiento de nuestra tierra. El estudio del profesor Pérez Bodega tiene la frescura de lo vivo y está magníficamente escrito en un idioma palpitante y de fácil lectura. Su rigor científico aporta una clasificación amplia y metódica de los apodos utilizados en Trillo a lo largo de los dos últimos siglos... Es, en definitiva, un viaje encantador por la intimidad de un pueblo alcarreño, gracias a la viveza de su lenguaje. Enhorabuena al autor y a la Casa de Guadalajara (A. Herrera. "Nueva Alcarria", 26-08-88).

Creo que hacía falta un trabajo serio de este tipo que sirviese de guía o catálogo a los apodos, quizá no considerados hasta la fecha en su justo valor como elementos de la etnografía provincial... Felicidades al autor por tan interesantísimo trabajo (J.R. López de los Mozos. Biblioteca de Investigadores de Guadalajara).

Se trata de un estudio concienzudo de los apodos de Trillo desde la segunda mitad del pasado siglo..., que ha de servir de base a los que hayan de realizarse en el futuro. El trabajo, notable por su aporte, está escrito con un lenguaje vivo y jugoso, que hace que el lector lea la obra de un tirón. Felicitamos a la Casa de Guadalajara en Madrid por la nueva tarea emprendida ("Cuadernos de Etnología de Guadalajara", número 7, 1988).

Le felicito muy sinceramente por su trabajo, animándole a seguir con sus investigaciones sobre nuestra cultura (J. Sisinio Pérez Garzón, Consejero de Educación y Cultura de Castilla-La Mancha).

Otras muchas opiniones laudatorias nos han llegado de socios y amigos, al igual que ha sido continua la petición de ejemplares por parte de Facultades e Instituciones de Letras, tanto españolas como hispanoamericanas.

La aceptación unánime de esta iniciativa editorial, impulsada desde el "FORO DE OPINION" de la Casa de Guadalajara en Madrid, nos anima a seguir adelante en el empeño.

Nuestra gratitud al autor, que reincide, y a cuantos nos ayudan con su aportación económica (Junta de Comunidades, Excma. Diputación Provincial de Guadalajara, Ibercaja y, en este caso, "Guadalajara 2.000"). Ellos y tú, amigo lector, hacéis posible esta contribución ilusionada a la cultura de nuestra Provincia.

José Ramón Pérez Acevedo
Presidente de la Casa de Guadalajara en Madrid

PROLOGO

A pesar de la brevedad de estos «DOS APUNTES EN TORNO AL DESMANTELAMIENTO DEL MONASTERIO DE OVILA», parecemos útil anteponerles un a modo de prólogo. Pero no quiere ser el que iniciamos uno al uso, sino que, recurriendo a un procedimiento utilizado ya por un escritor latino del s. II a. C. (esclavo de origen africano que, gracias a la formación y a la cultura, alcanzó la libertad y adoptó el nombre del senador que se la otorgó —Terencio—), quiere éste nuestro serlo en parte como uno de los suyos, en los que no narra el argumento de la obra entre manos, sino que contestaba a comentarios o críticas vertidos sobre otras comedias anteriores.

Poco interés, efectivamente, puede tener presentar al lector que ya ha abierto la página el argumento de un trabajo tan breve, descifrado por añadidura, en cuanto al contenido general, en el epígrafe de cada uno de los dos capítulos; y más cuando la cronista del «Foro de Opinión» de la Casa de Guadalajara en Madrid —Montse Martínez de Francisco— ya ha adelantado en el n.º 30 de nuestro Boletín y en la prensa provincial que el tema del desmantelamiento del monasterio no hacia sino dar pie al autor para «realizar diversas digresiones...», algo así —añadimos aquí ahora sin rubor— a lo de aprovechar que el Pisuerga pasa por Valladolid.

Ocurre, por otra parte, que precisamente algunas de esas “digresiones” (génesis de varios apodos tradicionales de Trillo) son como una especie de cordón umbilical que une éste con el estudio publicado en el Extraordinario I de ARRIACA, y el autor de ambos, entonces, no puede dejar pasar la ocasión de intentar un prólogo al modo de los de ese autor latino, cuando ni él ni la institución editora de los dos quieren parecer de los que tiran la piedra y esconden la mano..., por servirnos de nuevo simplemente de otro modo de decir del Castellano, pues que, por no estar, ni siquiera comprendidos están en la primera de las dos coordinadas copulativas.

Viene todo ello a colación, centrándonos un poco más, porque, habiendo tenido los «APODOS DE LA ALCARRIA (TRILLO)» un número de lectores mayor que el de los destinatarios para los que se hizo en exclusiva la edición, si bien de ni uno sólo de éstos se ha recibido comentario negativo de ningún tipo sino todo lo contrario, sí que ha llegado hasta el autor la queja de dos personas de entre aquellos otros lectores, paisanos afectados por algún apelativo citado: Una (transmitida directamente por el interesado, lo que le honra en sumo grado), en el sentido mayormente de que la mención en el trabajo, aun sin asociarlo a su nombre, de un alias que le afecta le hiere, sobre

todo por hacerle revivir la infausta circunstancia de que se derivó. Para tal persona, por nuestra parte, como ya le transmitimos en conversación también directa y amistosa, los sentimientos y lamentación más sinceros de que tan improcedente haya resultado en su caso la mención. Sincera lamentación y sentimiento, con “emendatio” incluida si hay ocasión, sí y de nuevo... Pero en el sentido que apuntamos solamente. Nunca por ser el autor o la entidad editora, al hacer público un estudio riguroso sobre la clasificación tipológica de los apodos de un lugar, no ya los creadores sino ni siquiera los tiradores o lanzadores de las “piedras” que pueden resultar ser algunos de esos apelativos. Niéguese con pruebas, si se puede, la veracidad de la existencia de este o aquel sobrenombre..., que sería por lo que, fuera de consideraciones lingüísticas o del rigor con que la tipología ha sido trazada, pudiera criticarse el trabajo. Verter otras responsabilidades no es sino, una vez más, actuar como con los mensajeros. O, pasando a otras “piedras”, como responsabilizar al médico o radiólogo que los ha detectado de la existencia de cálculos en la vesícula u orina del paciente. O como transferir a Cossío o a un crítico taurino, por añadir un último ejemplo de la fiesta nacional nuestra, la valía o cobardía, el mérito o lo que de sanguinario haya cuando los oficianes del ruedo meten la puya y clavan las banderillas o el estoque sobre el toro de la lidia.

Es la segunda queja (llegada sólo “de oídas”, o séase, por el sistema de “correvidile” y “cuentan las malas lenguas”) que en ese trabajo no aparecen determinados otros apodos. ¡Como si en una conferencia —que es el contenido de sus 28 páginas— cupiera el estudio de, sólo de Trillo, cuatro centenares clasificados ya, con cuyo estudio tengo para un abultado diccionario! Sucede, además, que existen otros foros en los que, con más adecuación por razones diversas que en la Casa de Guadalajara en Madrid cuando tuvo lugar la conferencia, ha cabido y cabe el tratamiento, desde la perspectiva de estudiosos de la Lengua u otras disciplinas y con o sin mención de nombres propios, de los “Cagatinajas”, “Cagapucheros”, “Cagaalubias”, “Afolladores” o variantes y “Enciende-” o “Cierne-” y hasta, si la persona de la queja lo prefiere, con las alternativas que le invento de “Casca-”, “Tira-” o “Sueltapedos”, como más guste..., por citar, entre otros apartados, algunos de los malsonantes o escatológicos del corpus de Trillo, similares a los de otros pueblos, que no fueron incluidos efectivamente en la charla publicada en el trabajo en cuestión.

Y puesto que “aireando” estamos (que no se trataba de “ocultar”, como se ve), lo que no saben tal vez esa u otras personas es que la segunda variante del último mencionado no es más que una corruptela lingüística de la primera, surgida ésta sencillamente de la estrofa que se les cantaba a los herberos (conocida, parece ser —para que termine de informarse—, en otros lugares y al igual que se les aplica o aplicaba el penúltimo de esos apelativos a componedores y profesiones afines), por el juego de sentidos a que se presta el último verso:

*El herrero del pueblo
tiene que tiene
por delante la fragua,
por detrás el fuelle.*

Y hemos dicho lo de “informarse” con toda intención, por el convencimiento firme que tenemos de que sólo la instrucción y la cultura son las que hacen verdaderamente libres a las personas y a los pueblos. A ellas debió la libertad aquel Terencio que tratábamos de imitar en este prólogo..., aun cuando hayamos luego entrado en léxico de Plauto. Sólo, sí, cuando conocamos bien, como consecuencia de análisis rigurosos, su génesis, uso y función (¡no ha sido precisamente hoy cuando se ha inventado el psicoanálisis!), nos liberaremos de los escozores de la mayoría de nuestros apodos; unos escozores, que, de lo contrario, nos los van a seguir clavando esos a modo de forúnculos, cálculos, piedras, puyas y banderillas que surgen con una eferescencia sin igual en esa Alcarria de nuestras entrañas. Cuando eso ocurra, tal vez alguien entienda mejor nuestra labor. Y hasta, tal vez entonces, en las esquelas mortuorias de nuestros periódicos, será fácil leer sin malos ojos un apodo entrecomillado del difunto junto a su nombre de pila y apellido..., como se pueden leer desde hace tanto tiempo en la prensa de Asturias y Galicia: “LA NUEVA ESPAÑA” de Oviedo o “LA REGION” de Orense, por ejemplo.

Hasta tanto ello llegue, sin embargo, y citar la mayoría de los apodos deje de ser como mentar la soga en casa del ahorcado, de sabio será al menos que no se dé uno coces contra su propio agujijón..., por terminar, así, con más refranes y modismos del Castellano.

Por nuestra parte, fin.

Pero, escuchen, escuchen..., que saltan ya a la escena los nuevos personajes.

Madrid, abril de 1989
A. PÉREZ BODEGA

I. SOBRE LOS PROPIETARIOS DE LAS CONSTRUCCIONES MONACALES

En un artículo publicado en WAH, 12 (1985), págs. 167-211, con el título de «OVILA: EL DESDICHADO FINAL DE UN MONASTERIO ALCARREÑO», su autor, José Miguel Merino de Cáceres, al hablar del propietario del «Coto de San Bernardo de Trillo» —esto es, de la “finca de Ovila”, como entre los de la comarca se conoce— de la época de la venta y desmontaje de tan venerables ruinas, se refiere a ese propietario (que lo era en principio sólo de las tierras, y que adquirió más tarde las construcciones monacales —firmada la escritura de compraventa el 4-2-1928—, tras una primera inscripción registral de las mismas a favor del Estado el 13-12-1927) como «don Fernando Beloso Ruiz, vecino de Madrid». Líneas más abajo, añade: «Poco después de la venta reseñada y sin que podamos precisar la fecha, ante la inexistencia de documentos públicos, el conjunto monacal pasó a manos de don Fernando Velasco, director del Banco de Crédito Español, amigo personal de Byne...» (pág. 203).

Pues bien, no pretendemos en este apunte (íquede muy claro desde el primer instante!) poner en duda en modo alguno la afirmación del autor de que, tras la venta del “convento” a don Fernando Beloso Ruiz, el conjunto monacal pasó a manos de ese tal Fernando Velasco; osadía inmensa sería la nuestra si no prestáramos fe a las investigaciones con las que Merino de Cáceres realizó su tesis doctoral, puesto que ni estamos en condiciones de hacer una nueva investigación de los documentos privados en ese rosario de archivos de los EE.UU. que él cita en nota 8 del artículo, ni parece siquiera aconsejable su seguimiento en archivos o registros de nuestra patria «ante la inexistencia de documentos públicos», como el mismo autor reconoce.

Aunque no es, pues, poner en duda la existencia de ese segundo propietario de las construcciones monacales, con todo, se nos plantean, eso sí, algunas interrogantes; máxime, cuando, a esa inexistencia de documentos públicos, añádese también la de tradición alguna oral en la comarca sobre tal segundo propietario del convento. Nos sorprende, por ejemplo, que, mientras de ese Fernando Velasco (sin consignar en el artículo de referencia su apellido materno) se dice que era «director del Banco de Crédito Español» —sic—, de aquel Fernando Beloso Ruiz se apunta únicamente que era «vecino de Madrid», sin indicar profesión... Y nos sorprende porque este vecino de Madrid, don Fernando Beloso Ruiz, era también banquero, y de no menos categoría que ese don Fernando Velasco, pues que el cargo de Beloso era igualmente “director”, sólo que del “Banco Español de Crédito” —sic—.

Es decir, en el Sr. Beloso, salvo que existiera rechazo de índole personal o de otra naturaleza, el americano Byne podía encontrar cuanto el Sr. Velasco supuso para él, en el decir de Merino de Cáceres: ser su «fiador y avalista en buen número de sus "operaciones" artísticas». ¿No resulta, entonces, sorprendente la aparición en escena de un tal Fernando Velasco, director, iqué sospechosa coincidencia!, del «Banco de Crédito Español», sin decirsenos cuándo aparece exactamente y por qué? ¿No lo es también que, en una operación que requería ser llevada a cabo con toda premura, Byne se arriesgara a las dilaciones que podía suponer el nuevo cambio de propiedad del Sr. Beloso al Sr. Velasco? ¿Quién era, en fin, ese Fernando Velasco a cuyas manos pasó según Merino de Cáceres el conjunto monacal, en una transmisión, de la que —dice él— no existen documentos públicos que den fe de la misma, ni ha quedado rastro alguno en la tradición oral de la comarca recordando aunque sólo hubiera sido el nombre de tal segundo propietario?

Esas sorpresas que nos surgen serán más comprensibles al observar que, frente a tal inexistencia de datos en la tradición oral acerca del Sr. Velasco, la abundancia, en cambio, de pormenores biográficos o de otra índole sobre don Fernando Beloso es manifiesta entre las personas de alguna edad de la comarca. Y ello, claro, expurgado el caudal de lo meramente anecdótico.

Estaba casado, en efecto, don Fernando con doña Antonia Barrachina, mujer (y esto no es, desde luego, por simple anécdota por lo que lo vamos a apuntar, como se verá) excepcionalmente gorda hasta que sobrevino la guerra civil, según permaneció su imagen grabada en la retina de nuestros paisanos; luego, a partir de la guerra y como consecuencia seguramente de no pocas privaciones que también a ella le tocó pasar, la buena de doña Antonia adelgazó hasta extremos insospechados, si prestamos oídos a las declaraciones de sus vecinos o de quienes mantuvieron algún trato con esa familia en Madrid (1).

(1) Junto al de otros testimonios, un crédito especial merece el de los hermanos Magdalena y Mariano Pérez Bodega, primos del cronista por ascendencia paterna y materna a la vez, que residieron hasta muy recientemente en la misma calle y a muy pocos números de la casa de los Beloso en Madrid, esto es, en Recoletos, número 20, habiendo Mariano, por añadidura, ocupado un alto cargo en el banco del que fue don Fernando Beloso director. Fue a tales hermanos Pérez Bodega y a su padre mismo, en otro orden de cosas (y puesto que los apodos representan en la Alcarria, y muy especialmente en Trillo al menos, según hemos afirmado ya en otros lugares, lo que los "cognomina" entre los latinos en cuanto al uso y función), a quienes más se restringió, aunque no en exclusiva, el sobrenombre de "Chapeta", que les venía desde principios del s. XIX del ascendiente, común a ellos y al cronista, Crisantos-Frutos Pérez Carrillo, conforme expongo en «APODOS DE LA ALCARRIA (TRILLO)», *ARRIACA*, Núm. Extraordinario I (Agosto, 1988), pp. 28-29.

Sin hijos el matrimonio, vivieron don Fernando y doña Antonia hasta su muerte en el número 10 de la calle Recoletos. En esa vivienda convivían con ellos una hermana de él, doña Teresa, que murió soltera ya después de guerra, y una sobrina por parte de doña Antonia, Loreto de nombre, la cual, más tarde, entró también a trabajar en el Banco Español de Crédito.

Por ser don Fernando oriundo por parte materna de Carrascosa de Tajo (lugar a pocos kilómetros del monasterio de Ovila, en el que —según algunos testimonios, aunque no hemos podido corroborarlo en su archivo parroquial— nació ella y se crió él, acompañando de chico a sus familiares cuando bajaban las mulas a pastar en los montes de la finca del monasterio), de ese pueblo se llevaron a Madrid a las dos chicas que tuvieron largos años para realizar el servicio doméstico, dos hermanas mellizas llamadas Plácida y Atilana, y que habrían de terminar ellas luego, tras la muerte de los señores, en una conserjería del barrio de Cuatro Caminos, no sin antes ser testigos excepcionales, eso sí, de la aparición de un sobrino de los fallecidos en el domicilio de Recoletos para hacerse cargo de la vajilla de plata y enseres de más valor que dejaron los Beloso.

En la finca de Ovila, por otro lado, tenían los propietarios como “guardeses” —expresión muy popular en los lugares comarcanos— a una familia trillana: el matrimonio formado por Pedro Galindo Llorente e Hipólita Alvaro Perdices (casados el 30 de noviembre de 1895), con sus hijos Anselmo (que murió en guerra, soltero), Claudia (fallecida pocos años ha, también soltera), Luis (que murió soltero igualmente, pero en más trágico final: en el primer pelotón de fusilados de Trillo al terminar la contienda) y Fausto, en fin, único superviviente, que casó con la cifontina Victoria Rodrigo Luis el 9 de enero de 1943 (naciéndoles tres varones y una hembra, con descendencia ya los primeros por su parte), residente en la actualidad en Madrid pero tras haber permanecido larguísimo años en Trillo.

Como “medieros” o “renteros” durante la propiedad de los Beloso también (aunque ya venían siéndolo con propietarios anteriores de la finca —con el Sr. Juanas y el Sr. Vadillo, para más concretar—, cultivaban las tierras del llamado Coto de San Bernardo tres familias, mitad trillanas, mitad sotoqueño-carrascosanas, emparentadas entre sí, a saber:

—La de José Herráiz García, que, hijo de Juan Herráiz Escribano y de Petra García Díaz, natural y vecino de Sotoca hasta su boda, casó a los 26 años, el 30 de noviembre de 1905, con Felipa Cerrato Batanero, un año ella mayor que él, nacida en Trillo pero residente cuando la boda en Ovila con sus padres. Tuvo el matrimonio cuatro hijos (Epifanio, Pablo y Josefa, solteros; y María, casada con el trillano Abdón Pérez Delgado el 10 de enero de 1957 cuando ya contaba ella 35 años), residentes todos en Ovila hasta prácticamente la juventud de este cronista.

—La de Basilio Herráiz García, hermano de José, natural y vecino también de Sotoca hasta que casó, otro 30 de noviembre de 1907 y también a sus 26 años para más coincidencia, con una hermana de Felipa, Bonifacia

Cerrato Batanero, dos años más joven que él, nacida en Trillo y residente igualmente en Ovila con sus padres. Además de un varón que murió soltero, tuvieron una hija, Jesusa, casada a sus 31 años, el 28 de enero de 1950, con Pedro Martínez Bachiller.

—Y la de Santiago Cerrato Batanero, hermano de Bonifacia y Felipa, un poco más joven que ellas y no sólo residente sino que había nacido ya «en el caserío de Ovila», como reza el acta de su matrimonio con la trillana Francisca García Ibarrola, celebrado el 9 de enero de 1915. De este matrimonio nacieron una hembra —Victoria, soltera— y dos varones: Carlos y Florentino, casados respectivamente con Gregoria, natural de Morillejo, y Petra, natural de Gárgoles.

Y si me estoy deteniendo en la descripción de estas familias de “guardeses” y “medieros” o “renteros” de la finca de Ovila o Coto de San Bernardo, como se prefiera, es porque los componentes de esa segunda generación de todos los citados están vivos la mayoría y fueron testigos excepcionales de cuanto ocurrió en las fechas del desmantelamiento. Y ninguno, por cierto, con el que se ha mentado el tema tiene noticia de que hubiera otro propietario de las construcciones monacales que don Fernando Beloso.

Claro que podrá pensarse que tales personas no eran exactamente las más indicadas para enterarse de una segunda transmisión llevada a cabo con tan extraordinario sigilo que incluso ni dejó rastro en documento público alguno. Es posible. Permitaseme, no obstante, dudar razonablemente de nuevo de que un “notición” cual era el hecho de que el amo vendiera apenas adquiridas por él las construcciones del monasterio no se hubiera filtrado al menos hasta algunos miembros de las familias descritas, cuando, entre otros datos que omitimos aquí, concurría el que, aunque naturales de Sotoca, Basilio y José Herráiz García (que eran de la generación del dueño de la finca y de las construcciones) descendían por su padre de Carrascosa de Tajo, pues que de ese pueblo era Juan Herráiz Escribano, coetáneo éste de la madre de don Fernando Beloso, natural dicha señora, no se olvide, también de Carrascosa. Asimismo, el padre de Felipa, de Bonifacia y de Santiago Cerrato Batanero (Julián Cerrato Escribano, casado en segundas nupcias el 29-11-1876 con Gumersinda Batanero Batanero) descendía del trillano Antonio Cerrato Sanz y de la carrascoseña Atanasia Escribano Martín; los cuales Antonio y Atanasia fueron precisamente quienes iniciaron la saga de “medieros” de la finca avicinándose en el «despoblado de Santa María de Ovila» —según rezan las partidas de los libros parroquiales de Trillo—, una vez producida la desamortización de bienes eclesiásticos (2).

(2) Dicho Antonio Cerrato Sanz, descendiente de un árbol genealógico que se afincó en Trillo en el primer tercio del s. XVIII oriundo parece ser de la villa de Alócén, es, por otra parte, el ascendiente de cuantos trillanos portan ese apellido entre sus primeros en la actualidad, pues a su persona quedó limitada la descendencia masculina de los Cerrato a mitad del siglo pasado. Tuvo dos varones: el Julián mencio-

Y si no parece suficiente razón la del paisanaje para que a tales familias no les pasara desapercibido apenas ninguno de los asuntos de los dueños de la finca, y más si se relacionaban aquellos de algún modo con ésta, tal vez parezca ya más probatorio si desvelamos que don Fernando y su esposa doña Agustina, sin hijos como se encontraban, según hemos dicho, incluso le hicieron varias veces a la primera de las familias citadas —la de José Herráiz y Felipa Cerrato— la propuesta de adoptar a una de las hijas..., lo que puede dar idea del nivel de relaciones que guardaban.

Permitásenos, pues, que, sin poner en duda la autoridad del arquitecto Merino de Cáceres, y sospechando que existen pruebas a las que él, aquí o en los EE.UU., ha tenido acceso para afirmar esa segunda propiedad de las construcciones monacales en la persona de don Fernando Velasco, nos surjan desde el análisis o examen de la tradición oral de la comarca —única en que nos apoyamos, repetimos— esas interrogantes sobre quién era realmente don Fernando Velasco, cuándo exactamente y por qué aparece en la escena del desmantelamiento de Santa María de Ovila. Si no se aclaran tales preguntas suficientemente, alguien puede pensar que Arthur Byne, ese hombre que era capaz de ocultar la verdad incluso a las personas implicadas en el mismo proyecto, como Merino de Cáceres apunta respecto a una carta de Byne a Miss Julia Morgan fechada a 7 de diciembre de 1930 —art. cit., pág. 203— (y ello no sólo porque se vendiera tal vez al mejor postor dado que «el voluminoso conjunto de operaciones artístico-mercantiles llevadas a cabo por Byne» eran «no sólo para Hearst sino también para otros coleccionistas y millonarios americanos» —ib., pág. 169—, sino porque «la discreción en las actividades comerciales llegó a ser algo obsesivo para Byne, reflejo de su mala conciencia y precautoria actitud ante posibles obstaculizaciones por parte de las autoridades españolas» —ib., pág. 204—)..., pues alguien puede pensar —íbamos a decir— que un hombre así, Arthur Byne, trató de “despis-

nado (que casó el 28-1-1871 con María Encarnación Henche García en primeras, y en segundas nupcias con la citada Gumersinda) y Jose-Benigno (que contrajo otros dos matrimonios: con Ramona Batanero Batanero el 27-11-1880, de quien nació Federico, y con Manuela-Luisa Batanero Bachiller el 22-2-1892, de quien nació M.^a Teodosia, por citar sólo a los hijos de los que surgió luego descendencia); y tres hembras: Andrea (casada con el comerciante Cipriano Pérez Saúca), Francisca (casada, primero, con Faustino García Asenjo, de Sotoca, y en segundas con Mamerto Mencia Morán, de Carrascosa de Tajo) y María (casada con el jornalero Juan Rueda Pérez, al cual, por cierto, se le puso el alias de “Bolo” por una asociación de ideas entre el término y su apellido..., matrimonio éste, para mayor abundamiento, que vivió en la plaza Mayor, en la casa colindante a la del cura, propiedad hoy de los herederos de Pablo Muñoz Hernández..., y son sólo pormenores añadidos para desmentir la especie en el pueblo oída de que los “Bolos” trillanos fueron así conocidos por proceder de Toledo).

tar" incluso "embrollando" la propiedad del monasterio a los ojos del destinatario de las piedras, con lo que tal vez le arañara un puñado de dólares más al ciudadano Kane, o séase, a William Randolph Hearst. Ello, claro, si es que la atribución de la propiedad a don Fernando Velasco arranca de la correspondencia de aquel hombre que «bajo su disfraz de erudito e historiador del arte, realizó en el patrimonio artístico español una de las más trágicas sangrías que imaginarse pueda» (ib., pág. 169)..., y si no se trataba sólo de que tal erudito o quien fuera lo que pretendía era exonerar al director del Banco Español de Crédito, don Fernando Beloso, de la auténtica responsabilidad que, con la del Estado y la de otras instituciones, le cupo directamente en la pérdida del monasterio bernardo (3).

En otro orden de cosas, para terminar este apunte sobre los Beloso, no fue el dueño de la finca de Ovila persona que gozara de simpatías en Trillo, y apenas pisaba don Fernando el pueblo; a pesar de ello, en alguna anécdota se nos presenta como condescendiente, afable y campechano, según testigos que la vivieron, para con los miembros de una cuadrilla de jóvenes que, a fin de sacar unas perrillas para sus gastos, se atrevieron a ir hasta la finca a dar una serenata a los dueños, con los ojos puestos especialmente, como es de suponer, en Loreto, su sobrina... Pero decíamos más arriba que no íbamos a entrar en el campo de lo anecdótico.

Claro que sí que vienen muy al hilo del tema del desmantelamiento del monasterio ciertos pormenores que han pasado al acervo común de la transmisión oral en alusión a la gordura más que normal que tenían doña Antonia y una tía de don Fernando. Y vienen al hilo porque cuéntase, en concreto, que, tras la adquisición de la finca por el matrimonio Beloso de manos de don Tiburcio Juanas y de doña Rosa Vadillo, propietarios inmediatamente anteriores (4), cuando fue doña Antonia a visitarla por primera vez con un grupo

(3) Fueron tan rotundas las acusaciones que, por las graves responsabilidades contraídas, lanzó ya sobre alguna de esas instituciones don Francisco Layna Serrano en su obra «EL MONASTERIO DE OVILA» (Madrid, Nuevas Gráficas, 1932), que a la página 7 del Prólogo de la misma remitimos a cuantos quieran ver en la picota a la Comisión Provincial de Monumentos del entonces (aun cuando algunos miembros en particular tuvieron un loable comportamiento en determinados medios de actuación) y a la Diputación misma.

(4) En la tradición oral se tiene a tal Juanas como un rico hacendado poseedor de fincas en el pueblo de Salmerón o sus alrededores, que aumentó sus propiedades con la finca de Ovila por su matrimonio con doña Rosa, heredera del anterior propietario, don Mariano. Las anécdotas transmitidas sobre propietarios anteriores a los Beloso son de muy diversa índole: desde la que recuerda, por ejemplo, a los Juanas como los primeros que se presentaron en Trillo con un automóvil de turismo conducido por el mismo don Tiburcio, a las que hablan de propietarios autores de sonados engaños, tal el de ofertar un miembro del matrimonio la venta de la finca en tanto el otro, que

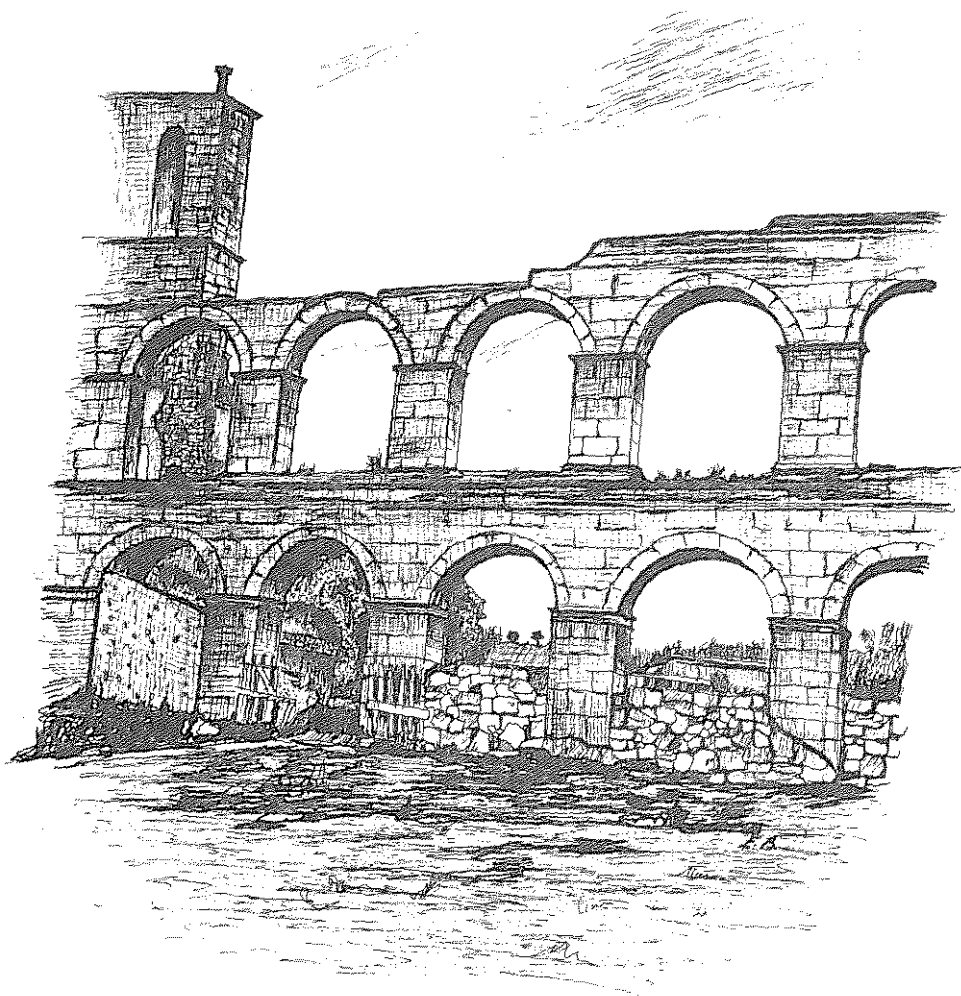
de personas, entre las que se encontraban también las dos criadas de Carrascosa, se dirigieron a pie a Ovila desde Trillo por el camino habitual, esto es, por el paraje de “Carrasotoca” y de la “Fuente del Piejo” (en vulgarismo local), que es igualmente el camino tradicional de Trillo a Carrascosa. Previsor don Fernando de lo que podía pasar, había hecho que Atilana y Plácida lograran en el pueblo una butaca y que la llevaran consigo para que la esposa del amo fuera tomándose los descansos que precisara. Tan difícil, sin embargo, se le hizo a la buena mujer el camino, aun reponiendo fuerzas a intervalos en aquella butaca, que la comitiva —añaden los de Trillo—empleó cinco largas horas en el trayecto. Y fue, casualmente, para facilitarle sobre todo a doña Antonia el acceso a la finca, por lo que el propietario logró que se abriera en la margen izquierda del Tajo, enfrente aproximadamente del monasterio, un carril suficiente para vehículo de ruedas, que descendía desde la carretera GU-9900 de Trillo a Azañón, pero arrancando en término municipal de Azañón, hasta casi el borde del agua. Allí, en una barcaza ex profeso para tal fin, trasladaban hasta la margen derecha del río, ya propiedad de la finca y del monasterio, el carruaje en que doña Antonia solía ir desde Madrid...

Pues bien, años más tarde, cuando el desmantelamiento de las construcciones monacales, sería también por ese mismo punto, especie de pontón al pie del monte de “La Ponvieja” (5), por donde precisamente pasarían las piedras del monasterio al otro lado del Tajo, para, desde allí, ser transportadas en camiones hasta Madrid, a los almacenes de embalaje próximos a la

resultaba ser el legítimo propietario, se negaba luego a firmar. El padre del cronista, herrero ya en el entonces, recuerda, a este respecto, dos casos que conoció muy de cerca, mozo ya él: la venta en una ocasión con tanañas tretas a un tal Asúa (cuyo corredor, de nombre Sr. Mendoza, pasó más de una vez por la fragua de Trillo), el cual Asúa, incluso después de haber hecho un año el carbón con la tala de los montes cortados, se vio metido en pleitos, y terminó, al fin, como uno más de los timados; y otro intento de jugarle las andadas a un comandante de ingenieros, don César Sanz, que actuaba en nombre de una sociedad (¿Hidrográficas, tal vez, del Tajo?), pero que asesorado previamente por la persona a quien don César había ofrecido incluso llevar la administración de la finca —Francisco Pérez del Amo, mi abuelo—, exigió a la persona ofertante el título posesorio o, en su carencia, la comparecencia de quien ostentara la legítima propiedad..., con lo que el trato se quedó en simples sondeos.

(5) Y no hay que olvidar que “Ponvieja” < “puente vieja”, en razón al que a sus pies hubo en la antigüedad comunicando ambas márgenes; enclave, por el que en el pasado habían pleiteado los monjes y Azañón, con motivo, por ejemplo, pero no sólo por ello, de derechos de pesca que alegaban los de dicho pueblo, apoyados en un documento extendido por Alfonso de Castilla a finales del siglo XV, frente a los que alegaban los del monasterio (sobre el cual enfrentamiento puede verse alguna noticia en la citada obra de Layna Serrano, entre otras).

Estación del Norte en el Paseo del Rey, núms. 14 y 16, o directamente hasta la estación de ferrocarril de Matillas, en el caso de las que se embalaban a pie de obra... De modo que habrá de leerse con cierta matización lo escrito por Merino de Cáceres (pág. 207 del artículo citado) referente a que el tal Arthur Byne «demostró ser un eficiente organizador, resolviendo airoosamente todos los inconvenientes que en la compleja operación se presentaron», no sólo en «los trabajos de desmontado» sino también en «los de transporte de las piezas», puesto que «no existían caminos adecuados y para alcanzar la carretera más cercana debía salvarse el río Tajo y se carecía de puente». Aunque la veracidad de esas afirmaciones resulta, al pie de la letra, defendible a capa y espada, pues que efectivamente no eran “adecuados” los caminos..., tal vez alguien puede haber deducido que fue Byne quien trazó y abrió “ex novo” esos caminos hasta la carretera, cuando la verdad, por aquello del “suum cuique”, es que ya don Fernando Beloso había abierto aquella “ruta”, haciendo llegar a su esposa doña Antonia hasta la casa que ocupaban en la finca sin tener ella siquiera que apearse del vehículo que la traía desde Madrid. Lo que no mengua, por contra, los méritos del americano al instalar la línea férrea hasta el río y el ingenioso ferry al que alude Merino de Cáceres. Pero lo cortés no quita lo valiente, y poco nos extrañaría (y ahora si que expresamos abiertamente nuestra propia sospecha) que hubiera sido el crítico de Arte, Byne, quien, con miras a peticiones económicas dirigidas a Hearst para realizar las obras de ese croquis suyo que se conserva en la Escuela de Arquitectura de Berkeley y que es un dibujo sobre las «instalaciones con relación al monasterio, río y senderos» (ibid.), hubiera exagerado sobre el papel su aportación personal en el trazado total viario hasta la puesta de las piedras a pie de carretera o en camino transitable por vehículos.



*Detalle de la galería Este del claustro del monasterio de Ovila.
(Dibujo: E. Blázquez Sánchez)*

2. SOBRE LOS TRILLANOS QUE TRABAJARON EN EL DESMANTELAMIENTO

Como más pingües, así mismo, podían resultarles a Byne y a sus asociados los beneficios a obtener de Mr. Hearst, si, además de exagerársele en la correspondencia el cúmulo de dificultades que en la tentativa aquella había que vencer desde el arranque mismo tiñéndola de negro en demasía (y por muy negra que, efectivamente, reconocemos que era), se le abultaban al ciudadano Kane los jornales que se veían obligados a pagar in situ a los obreros, indicándole, por ejemplo, que apenas había mano de obra en los lugares vecinos...

Cuadro éste, con tinte más negro que el real en lo que respecta no sólo a las dificultades viarias sino también a la escasez de la mano de obra, que suponemos nosotros se lo pintaron a Hearst desde España Byne y sus asociados (e imaginamos, además, que lo hicieran por un puñado de dólares, parafraseando el título de la famosa película), pues sólo de esas fuentes puede haber bebido Merino de Cáceres el excesivamente obscuro que rezuma también alguna frase del artículo citado:

—«... El monasterio se encontraba en un lugar apartado de toda civilización» —ib., p. 204—.

¡Vaya, apartado sí..., pero no tanto, que no es tanta distancia de la civilización estar, por ejemplo, a sólo «un cuarto de legua del baño, sobre la otra orilla», como decía ya Jovellanos en una anotación correspondiente al 26 de agosto de 1798, cuando tomaba las aguas aquel verano en el concurridísimo Balneario de Carlos III —hoy Instituto Leprológico Nacional— de Trillo! (6).

—«... y los accesos eran escasos y casi impracticables, tal y como siguen siéndolo en la actualidad» —ib.—.

Bien, de los accesos del entonces ya hemos hecho comentario más arriba; de los existentes al publicarse el artículo de referencia, hágase el lector su propia idea con oír que ya desde esos años de 1982 una flota de camiones, tal reguero de febriles hormigas que atravesaban la finca de Santa María de Ovila rozando justamente las ruinas del antiguo monasterio, han venido manteniendo ininterrumpidamente el acarreo de gravas y arenas, sacadas poco más arriba del enclave donde instaló don Fernando Beloso la barcaza y luego

(6) JOVELLANOS, M. G. DE.: «DIARIOS (MEMORIAS INTIMAS)», Madrid, Sucesores de Hernando, 1915, p. 401.

Byne el ferry, con destino a las obras de construcción de la central nuclear de Trillo.

—«... y la mano de obra era escasa en las proximidades debiendo recurrirse a personal de aldeas lejanas» —ib—.

¡Cuánto nos gustaría, a este respecto, saber qué cifras exactamente, si es que se las transmitió a Mr. Hearst el tal Byne, decía éste que pagaba a cada clase o categoría de obreros como jornal, porque, así, podríamos contrastarlas con las que nos han sido transmitidas de viva voz por algunos trillanos que trabajaron en las obras del desmantelamiento! (7).

De todos modos, ciñéndonos ya exclusivamente a lo de la escasez de la mano de obra, parece bastante sorprendente esa afirmación. Sorprendente, primero, en el contexto general en que se encontraba España en 1930 y 1931. No eran esas, no, épocas boyantes para los obreros. En cualquiera de los libros publicados sobre el último periodo de la Monarquía y el advenimiento de la Segunda República, puede leerse que la economía española, aunque en menor medida que las europeas por estar relativamente aislada, no dejó de sufrir los efectos de la Gran Depresión de esos años, coincidiendo históricamente el advenimiento de la República con la época de la deflación. Con expresión que hemos leído en alguna parte, en España, en general, desde mitad de 1930 iban haciéndose cada vez más manifiestas las diferencias y tensiones entre los ricos y los menos ricos, y el paro empezaba a dispararse... Pero no nos parece que sea muy necesario insistir en todo esto: ¿No fueron, en definitiva, esos argumentos de la «fuerte depresión económica y paro creciente», además, claro, de sus «importantes influencias de tipo social», los que, en las ocasiones en que algunas autoridades intentaron interrumpir la operación, le bastó emplear a Byne «para “convencer” a los agentes gubernamentales de los beneficios económicos y sociales que la empresa estaba reportando» —ib., p. 208—? (Poderosísimos argumentos, por cierto..., y, oh fatal coincidencia histórica, los mismos que, a unos cuantos años de privárenos del monasterio, se emplearon también para privarnos del Balneario de Carlos III instalando una Leprosería Nacional en su lugar; los mismos que, otros cuantos decenios después, han seguido empleándose para construir la central nuclear, privando a las generaciones futuras de trillanos de sus campos de pan llevar, montes, olivares y viñedos, por compraventa que, a unos lustros, sólo parecerá la biblia de la herencia por un plato de lentejas; los mismos, por los que, en estos precisos días y en otra querida ciudad de nuestra Guadalajara, Sigüenza, se acaba de vender a unos alemanes

(7) Por ejemplo, por citar ahora sólo una cifra en la que conciden todos los afectados que han sido consultados, la cuantía que los camioneros recibían por cada tonelada de piedras transportadas desde Ovila a Madrid fue invariablemente de 60 pesetas.

la Casa del Doncel; y los mismos, en fin, por los que tal vez muy pronto pase a manos particulares el Castillo-Alcázar de Molina de Aragón, si un buen hado no endereza los destinos (8). ¡Poderosos argumentos económicos siempre los del Estado y los de los poderosos!

Y sorprendente, en segundo lugar, incluso con referencia a la mano de obra que se podía contratar en los lugares próximos al escenario de operaciones (que es —para que no se nos diga que nos salimos por los cerros de Ubeda— la afirmación realmente a rebatir aquí), habida cuenta del número de operarios que se podían reclutar en sólo Trillo, un pueblo (como no podía ser menos en un lugar que históricamente ha sido siempre encrucijada de caminos) con barridas enteras de jornaleros, localizadas, sobre todo, en el casco viejo, barrios de Arriba y del Castillo.

Permitánsenos, en efecto, a modo de perfiles del apunte, los siguientes: Simplemente de entre las familias de los árboles genealógicos trillanos **Bodega, Sacristán y Morales** fueron varios los troncos, con abundante ramificación ya desde el siglo pasado, dedicados casi únicamente al oficio de alarifes, canteros, picapedreros, barreneros u otros aspectos del laboreo de la piedra: un ramo de los conocidos por “Polacos”, y los “Güesinas”, “Monas”, “Valtablados” y “Peruses”, entre otras familias..., que habían de trabajar, a veces, a bastantes kilómetros de Trillo, allí donde se ofrecía un jornal (9). Añádanse a ellos carpinteros que, para tales o como encofradores,

(8) De tan alarmantes noticias, que han saltado recientemente a la prensa provincial, pueden verse unas breves líneas en la primera página del semanario NUEVA ALCARRIA del 30-12-1988 sobre la venta de la casa del Doncel, y en la p. 15 del mismo un artículo del catedrático de Universidad y miembro del Foro de Opinión de la Casa de Guadalajara en Madrid GUILLERMO HERRANZ ACERO, titulado «SE PREPARA LA VENTA DEL CASTILLO DE MOLINA A UN PARTICULAR». Sobre las mismas noticias, aunque con tintes menos alarmantes, se amplían datos en el n.º del 13-1-1989.

(9) En ese tipo de actividades, precisamente, encuentra su última razón de ser el apelativo “Güesina”, que procede de “Huesina” y que, puesto por un maestro a Saturnino Bodega Batanero, de muy crio todavía éste, fue ello debido a la profesión de “alarife” ya del padre, Juan Bodega Rata, al encontrar el maestro al chaval con los nudillos siempre despellejados y los huesecillos poco menos que al aire por las rozaduras constantes que se hacía con las piedras (Cfr. «APODOS...», p. 25); piedras, que se encontraban los picapedreros incluso al meter la mano en sus alforjas, según rezaba ya la copla popularizada entre los trillanos:

*Para los curas y frailes
se crían las buenas mozas;
para los picapedreros,
las chinas en las alforjas.*

A la migración constante a que se veían obligados por su profesión debe un ramo

había disponibles entre los Ochaíta y los Batanero, por ejemplo. Y, en fin, aunque no fueran especialistas de la carpintería o de la piedra, el número de jornaleros que podría haberse reclutado de entre las familias de otros varios ramos o árboles genealógicos habría cubierto seguramente la cifra requerida por los mentores de la empresa; algunos de aquellos, generadores tradicio-

de los Sacristán el suyo de "Peruses", surgido en la persona de Pedro Sacristán Sierra, hijo del trillano Tomás Sacristán, quien, casado con Apolonia Sierra (de Morata del Conde), estuvo trabajando un tiempo en Castuera (Badajoz), naciendo allí el Pedro de marras, al que, por el deje especial que en el habla familiar les había quedado con un acento extremeño peculiar, llamósele "Perús", en vez del hipocorístico "Perico" o el antiguo "Pero"...; hábito migratorio, en fin, el de ese ramo Sacristán, que siguió vivo en algunos descendientes, hasta el punto de encontrarse actualmente "por las Américas" los miembros de la familia de otro Pedro Sacristán Martínez (nacido ya él en Setiles, residente en El Escorial por las fechas de su boda con la trillana Margarita Muñoz Carrascoso, celebrada el 23-10-1944, y que se atrevió luego a dar el salto del "charco"), hijo que era del "albañil" Quiterio y nieto del primer Pedro tenido como el "Perús".

También a haber ejercido en Valtablado del Río actividades de las que hablamos dicen algunos descendientes del ramo de los "Valtablados" que debió el apelativo el primer portador; pero no es, sin embargo, totalmente esa la opinión del cronista, máxime cuando existen otras versiones entre aquellos mismos, y al tener ya hoy reconstruido con mayor exactitud el tronco genealógico que (fiándome, cuando escribí el libro, de las líneas que algunos vástagos del tronco mismo me dieron como seguras) tracé deficientemente en la Nota 78 del libro «GUIA Y NOTAS PARA UNA HISTORIA DE TRILLO» (Madrid, 1986) para los descendientes de Francisco, el otro de los dos hermanos Bodega Rata afincados a mitad del siglo pasado en el pueblo: Dicho Francisco, en efecto, contrajo dos matrimonios; pero no fue con Justa García Domínguez (madre de Victoriano, Melitón, Gregorio, Gervasio, Antonia y Petra) el primero, sino el segundo, celebrado que fue el 9-11-1855, hija ella de Gregorio y de Marcelina, naturales los tres de La Olmeda de Cobeta pero residentes, parece, antes de afincarse en Trillo en su bajada de la Sierra a las Alcarrias, en el pueblo que le quedó luego precisamente como apelativo al descendiente que no sólo en el nombre Gregorio sino en varios otros parecidos acumulaba más rasgos del árbol de Justa; en primeras nupcias, celebradas el 17-11-1847, se había casado Francisco con la trillana Francisca Pérez Carrascoso, naciéndoles María Mercedes (esposa del Pedro Sacristán tenido por primer "Perús" arriba citado, y que fue muy conocida por la ayuda que, a modo de partera o comadrona, prestaba en los alumbramientos) y Telesforo, casado a sus 25 años el 1-6-1878 con Gabriela Sacristán Batanero, de 19.

Y fue, enlazando cabos, la profesión paterna de "albañil" continuada por Telesforo (y no cualesquiera otras asociaciones, como alguien puede a tontas y a locas pensar y a veces hemos oído) a la que se debió el origen del apelativo que al chaval (de estar, dicen, ya de muy corta edad —como hijo varón mayor que era—, subido por los andamios en comprometidísimas posturas) le quedó de el "Mona".

Y, para terminar, aunque no hemos podido corroborarla de momento, los indicios

nalmente en Trillo de casi exclusivamente jornaleros; y otra media docena, por ejemplo, a cuyos troncos familiares enteros tenía disponibles ya para otros menesteres la trajinería de maderas por el Tajo, que era la actividad a que se habían dedicado fundamentalmente desde antaño pero que en el entonces estaba ya muy venida a menos (10).

Así, de entre los primeros, sin detenernos en apellidos poco poblados aunque fueran de sólo jornaleros —tal **Benito, Cantarero, Simón...**—, sí que merecen ya otros, por su mayor densidad genealógica, una mención especial. En concreto, algunos ramos de los **Bachiller**: el de los descendientes, verbigracia, de Marcelo Bachiller Lázaro, ya él jornalero de profesión, que casó el 5-2-1877 con Nicolasa Martínez «nacida en Berninches, procedente de la casa de Expósitos de esta provincia» —según reza el acta de su boda—... Algunos de los **Batanero**: tal el originado a partir de Gregorio Batanero Sánchez y de Francisca Suárez Yagüe (11), casados el 4-11-1871,

apuntan hacia una versión de que el sobrenombre de “Polacos” de un ramo de los Morales se debe también en última instancia a hábitos migratorios que, por necesidad, adquirieron los primeros miembros del mismo, barreneros sobre todo de minas, y que llevó concretamente nada menos que hasta Polonia, tomando parte —añádese— de una expedición militar, al ascendiente del ramo en cuestión, bisabuelo o tatarebuelo de los coetáneos del cronista.

(10) Sobre la dedicación de los trillanos al porteo y granjería de maderas por el Tajo desde las primeras noticias que nos han llegado del s. XVI, véase la obra citada «**GUIA Y NOTAS...**», en la que se aportan datos diversos y bibliografía.

(11) Conocidos por el apelativo “Caparranas”, sin connotación negativa alguna sino, una vez más, profesional, pues que es denominación cuyo origen parece debe relacionarse más con el árbol de Francisca que con el de él, carpintero de profesión que era e hijo de los carpinteros Benito Batanero López y Victoriana Sánchez García (y designado por su parte con un compuesto muy expresivo, el tío “Suave-lamadera”, en alusión a una frase siempre en su boca: «¡Está suave la madera, chico..., está suave!»), en tanto que ella, natural de Madrid parroquia de San Luis, era hija de «Antonio Suárez, natural de Cartagena, y de Tomasa Yagüe, natural de Trillo, vecinos de Trillo y de oficio “pescadores”», según reza el acta de boda de una hermana de Francisca (el entrecomillado es mío). Con lo que el apelativo en cuestión no viene a ser otra cosa que uno de los expresivos tropos, metonimias muy frecuentemente, que se usan entre el pueblo para algunas profesiones, tal “Marragolpes” por herrero, “Esculaagujas” por sastre, “Mimbre” por cestero, “Balona” por zapatero, “Patatas-fritas”... (Cfr. «**APODOS...**», p. 22).

Tropos tales, expresivos cual los que más, que en Trillo incluso los tenemos para dar nombre a alguna calle, tal, asociado precisamente a la denominación que nos ocupa, la de “Cantarranas” (nombre que se encontraba también en el callejero de Madrid), bellísima aunque corta callejuela, desde la que, como en palco reservado o anfiteatro especial, podía seguirse el ininterrumpido concierto de los millares de magas verdes cantando a la luna abajo, en las charcas y cenagosos brazos del río bifurcado formando la “Isla”.

con muy abundante prole; o, aunque menos poblado, el de los descendientes de quien pasó a la historia local por el tío "Sastre", Pedro Batanero Caballero, hijo de trillano y de vianera, el cual, si bien dicen algunos mayores que ejerció en ocasiones lo que el apodo denota, en las actas parroquiales fue "jornalero" de profesión como sus descendientes masculinos, casado que se había el 19-7-1869 con Isidora Bodega Batanero, en su tiempo conocida, por mor a su estatura, con el diminutivo "Isidorilla" además de otros apelativos familiares (12). Otros de los Gil llegados a Trillo de Azañón, que es al que pertenece, en concreto, el ramo que arranca de Mauricio Gil Batanero y de Caya Batanero Muñoz, con la que se había casado el 23-2-1889 y de cuyo nombre de pila nació el apelativo común del grupo (13). Otros de los Pérez: por ejemplo, el de los descendientes de Alejandro Pérez Carrascoso, esposo de María Suárez García, que desde mitad del siglo pasado hasta hoy ha venido generando en el pueblo una abundante mano de obra de jornaleros esforzados y ejemplares trabajadores... Y varios, en fin (pues no pretendemos ser exhaustivos), de los Sacristán, apellido pobladisimo también en la historia de Trillo, cuyos portadores todos de los tres últimos siglos arrancan de un tronco iniciado a finales del siglo XVII, floreciendo, entre otros ramos de labradores y albañiles, varios de jornaleros, de los que, más notorios por su extensión o por alguna peculiaridad, destacan los "Chuscos", los "Periquitos" y los "Cachitos" (14).

(12) Por ejemplo, "Mascaavena", otro no menos expresivo. Era hermana del bisabuelo materno del cronista, Joaquín, esposo éste de la centenaria Laureana Ochaíta Batanero, que era hija, por su parte, de la tía "Ojancos".

(13) A saber, "Cayotes": Cfr. «APODOS...», p. 20.

(14) Son también apelativos que vienen desde el siglo pasado, en este caso sin relación con profesión concreta, pero sin connotación alguna negativa tampoco en su origen: "Chusco", por ejemplo y muy al contrario, surgió de la expresión que, como equivalente a "limpio, aseado...", le dijo a Pedro Sacristán Pérez (casado el 6-2-1873 con Manuela Muñoz Batanero), una de las veces en que iba él puesto de punta en blanco, su madre María (casada que estaba con Ignacio Sacristán Rero desde el 15-6-1842 e hija que era del tío Crisantos el "Chapeta" —Cfr. nota 1—): «¡Hay que ver qué chusco está mi hijo».

"Periquito" no es sino el diminutivo del hipocorístico Perico, que se aplicó a otro Pedro Sacristán Pérez (casado el 3-10-1874 con Tomasa Morales Suárez e hijo de Eugenio Sacristán Moreno y de Antónia Pérez Ochoa); coetáneo (y primo segundo) que era este Pedro Sacristán Pérez del anterior conocido por el "Chusco", así como del Pedro Sacristán el "Perús" (véase la nota 9)..., coincidencia en nombres y apellidos que fue, en este caso, razón más que bastante para dar lugar al nacimiento y aplicación sistemática del apodo..., precisamente por la función deíctica y de rápida identificación que éstos cumplen, cual los "cognomina" —permitaseme la insistencia— de los latinos.

Y en cuanto al origen del "Cachito" trillano (pues lo hemos oído también como apodo de otros lugares: véase, por ej., recogido ha poco entre apodos de Romanones

De entre los segundos, un ramo de los Alvaro: en concreto, el de Epifanio Alvaro Perdices, hijo que era de Antonio Alvaro López y de Pascuala Perdices Chena, natural ella de Atance, y casado el 24 de noviembre de 1905 con Pía Pascual Morillejo, destacando de entre las actividades del tal Epifanio la de ser muchas veces el “ranchero” o cocinero de una cuadrilla de gancheros. Otro ramo de los Batanero: el de los descendientes de Hilario Benito Batanero Oter (15), casado el 1-2-1888 con Fermina Raimunda Pérez Sanz, de la profesión de los cuales descendientes, jornaleros de por vida, destacó el ser “duleros” y madereros. Otro de los Franco, apellido llegado de Mantiel a Trillo a finales del siglo XVIII con Rafael Franco, casado con Escolástica Rebollo, de uno de cuyos vástagos surgiría, andando las generaciones, el ramo conocido por los “Tejedores”, varias familias de entre los cuales “Tejedores”, a su vez, estuvieron especialmente dedicadas al porteo y granjería de maderas por el Tajo desde comienzos de nuestro siglo (16). De los Lázaro, árbol con raíces en Trillo desde las primeras actas parroquiales, hubo varios troncos exclusivamente de jornaleros desde mitad del siglo pasado, pero destacó de ellos uno dedicado a la maderería por el río (17), que, surgido de Damián Lázaro Alvaro y de Valentina María Moreno Ruiz

en un trabajo de L. HERNANDEZ ROJO, «VIEJAS COSTUMBRES DE ROMANONES Y ALGUNOS DATOS MAS», en C.E. Gu., 7 (1988), p. 29..., por citar documentos ya escritos), nada definitivo podemos decir todavía en cuanto a su origen, salvo que se aplicó primeramente a Plácido Sacristán Peñalver, casado que se hubo con Juana Lázaro Alvaro el 24-5-1879.

(15) Conocido que fue personalmente por el apelativo “Garrotero” (además de algún otro en pleno vigor entre sus descendientes) por las garrotas que hacía con palos de sabina, olmo, etc.

(16) El apelativo “Tejedor” consagrado para la posteridad les vino del hecho de haber sido, efectivamente, “tejedores de lienzos” los iniciadores de ese ramo, esto es, Santiago Franco Morillejo casado el 26-11-1827 con Juliana Carrascoso Yagüe. Fueron padres de una hembra y de dos varones: Santiago, el de más edad, casado con Bonifacia Batanero Fernández el 24-11-1855; y, mucho más joven, Simón, que se casó con Joaquina Morales Muñoz el 29-11-1873; uno y otro, “tejedores” como el padre de burdos lienzos y mantas nuevas rudimentarias que confeccionaban con cintas de ropas y paños viejos, si bien ya los descendientes de Simón optaron por el gancheo y la maderería. Fueron sus hijos: Jesús Franco Morales, casado el 27-10-1900 con Nemesia Rueda Morales (nacida en Villardiego, Burgos, como hija que era de un gargoño llamado Isidoro Rueda Martín, que se dedicaba, en expresión de unas actas, a «operaciones de gimnasia y ambulante», o, como rezan otras, «titiritero ambulante»); Angela, esposa de Sinforoso Morales (véase más adelante); Carlos, casado el 13-4-1907 con Josefa Batanero Millana; y Santiago, casado el 26-11-1910 con Margarita Sacristán Morales, de la saga ella de los “Periquitos”.

(17) A saber, el que fue conocido (incluso con sobrenombre consagrado en coplas —ver n. 22—) por el apelativo “Cachumeno”, surgido —cuentan— a partir de que en una obra de teatro, en el papel que representaba Damián, había un

(natural ella de Brihuega, hija de un molinero de Villaseca, con la cual se había casado Damián el 30 de noviembre de 1865), dio un ramo con sólo descendencia femenina —el de Gerardo Lázaro Moreno casado el 30-1-1909 con Rosa Pascual Morillejo— y otros dos pobladísimos en su descendencia de ambos sexos: el de Jenaro Lázaro Moreno casado el 4-11-1903 con Juana Morales Benito (18), y el de Agustín Lázaro Moreno casado con Leona Sacristán Lázaro el 28-1-1909. De los **Morales**, cuyos portadores trillanos proceden de dos grandes árboles arraigados en el pueblo en el siglo XVIII, llegados uno de Béjar (arzobispado de Toledo) y otro de Carrascosa de Tajo, surgieron varios troncos que dieron en el siglo pasado y en el actual un buen puñado de pastores y jornaleros, pudiendo citar, por ejemplo, un ramo que se dedicó también a la maderería por el Tajo: el de Sinforoso Morales Esquiró y sus hijos, habidos de Angela Franco Morales (19), con la que había contraído matrimonio el 20-1-1906. De los **Ochaíta**, uno de los apellidos trillanos más fecundo desde su asentamiento allí a mitad del s. XVIII oriundo de Córcoles (y al que remontan todos los del pueblo que lo portan y muchos de los Ochaíta afincados luego en bastantes más pueblos de la provincia pero llegados desde Trillo) (20), no podía faltar algún tronco familiar entre los madereros, y tal fue, en efecto, el de Bonifacio Ochaíta

texto que decía:

*Yo me llamo Cachunero.
Mi padre nació en Jarama.
Mi abuela, tan chiquita,
to(d)avía no se afeitaba.*

(18) Denominada la “Pelaya” (como a veces lo había sido su madre, pero no así sus hermanos) porque su abuela materna, María Martínez (esposa de Julián Benito Muela, natural él de Morillejo), era de Pelayo: Cfr. «APODOS...», p. 22. Son los hijos de esta Juana Morales y de Jenaro Lázaro (siete en total: Leocadio, Timoteo, Cirilo, Pedro, Crispín, Bienvenida y Juana) los coetáneos ya del padre del cronista, y es a ellos a los que se alude en el último verso de esa copla popular recogida en la n. 22.

(19) La tía “Angelica” siempre, apelativo cariñoso, lavandera que fue de ocupación toda la vida.

Ya en el capítulo de lo anecdótico, es a un pastor que, aunque no Morales, troncó por matrimonio con ese árbol a quien se le atribuye la autoría de cierta estrofa que, sin percatarse él de la presencia del cura del pueblo —don Basilio Batañero, por más datos— por los alrededores del lugar en que cuidaba su rebaño, canturriaba una y otra vez el de las ovejas:

*Los curas y los lobos
son de un tamaño:
las noches más oscuras
hacen los daños.*

(20) Cfr. «GUIA Y NOTAS...», N. 29 D.

Sancho, casado el 9-5-1889 con M.^a Gregoria Tarro Batanero (21), el cual Bonifacio, aunque hijo de labradores, se dedicó con sus hijos a la maderería destacando él mismo como “ranchero” (22). Y, para terminar, el árbol completo de los Pascual, apellido que en la persona del jornalero Paulo Pascual Marco, oriundo lo más probablemente de Oter aunque algún acta parroquial da pie para pensar también que después de afincarse un tiempo en Carras-cosa de Tajo, arraigó en nuestro pueblo en la segunda mitad del siglo pasado, poblando con la trillana Ignacia Morillejo Batanero una nutrida descendencia.

(21) Dicha M.^a Gregoria, nacida en Millana e hija de Wenceslao Tarro Alocén también de Millana, pertenecía por parte materna a una culta familia de maestros: su madre, D.^a Jesusa Batanero Batanero, era «Maestra de Niñas con Real Título»; sus tios carnales, D.^a M.^a Expectación Batanero Batanero y D. Santiago Giménez García (natural de Molina de A.), ostentaban similares títulos, habiendo ejercido ella como «Maestra de Niñas» y él como «Maestro de Instrucción primaria» en Atienza, Huete y Salmeroncillos. El, por su parte, resultaba ser primo carnal del padre del famoso poeta de Jadraque José Antonio Ochaíta García. De los hijos varones de Bonifacio —Andrés, Emilio, Marcelino, Luis y Antonio—, fue Andrés en numerosas ocasiones uno de los “cuadrilleros” (persona al mando de un grupo de diez o doce gancheros) más conocido de los del pueblo; y a ese Antonio es al que alude en otro verso la coplilla de marras de la nota siguiente.

(22) “Ranchero” era la persona que en cada “cuadrilla” se encargaba exclusivamente de hacer las compras, guisar, etc., y que no intervenía en la conducción de las maderadas. Llevaban normalmente un mulo de carga para traer la mercancía desde el economato o tienda habitual hasta su tajo, y, en su ausencia, el ható general de la cuadrilla quedaba bajo los cuidados del “motril”... Término, por cierto, éste último, que también como apodo se ha usado en Trillo, aunque parece que sin relación con la maderería... Sí que estaba, sin embargo, íntimamente relacionado con ella ligado al repertorio cancioneril de esos pastores de rebaños de pinos Tajo abajo, cuando, en pregunta y respuesta, dos totovías o libresas cantaban desde una a otra orilla del río: «¿Has visto, has visto / al motril, motril? / ¡Ahora se acaba de ir, / ahora se acaba de ir...!» Momentos determinados de expansiones líricas en boca de aves, que, frente al fuerte y rudo vocabulario que oían de los madereros por lo común, ponían ellas como contrapunto. Así, la pregunta que le hacía un ave del Tajo a una golondrina, al regresar ésta en primavera, con su respuesta: «—Dime, golondrina clara, / ¿dónde pasas el invierno? / —En las islas de Canarias / en casa de un zapatero.» O las quejas e invectivas de una golondrina a otra, cantadas imitando el rizo final de sus cantos: «Yo, al amanecer, / yo, al amanecer, / ya había hecho la cama / y me ponía a barrer. / Y tú, cochina marrana, / ¿qué hiciste, que no barriste?» O la burla que hacía otra golondrina de los hábitos de los gancheros al llegar a cualquier pueblo (el primer pueblo en el que pasa el Tajo por el casco urbano desde el inicio de la ruta es Trillo): «Taber-nera, / tabernera, / echa un cuartillo, / echa un cuartillo..., / que ya te lo pagaré...» Pero frente a esas expansiones líricas, claro, estaba el vocabulario bravo, tosco... o simplemente llano y corriente de los gancheros, que, a lo más que llegaban, es a rimar estrofas para jolgorio y común divertimento entre ellos mismos, tal la que popularizó

cia de jornaleros a través de, además de dos hembras —Pía, la esposa del Epifanio Alvaro citado más arriba, y Rosa, la esposa del también citado Gerardo Lázaro—, tres varones: Mariano, casado el 28-11-1896 con Patricia Sacristán Morales; Daniel, casado el 10-2-1902 con Jacoba Bachiller Jiménez; y Martín Pascual Morillejo, casado el 19-1-1903 con María Gil Batanero; los cuales Pascual y todos su hijos varones (23) estuvieron enrolados en muchas ocasiones en cuadrillas de gancheros, siendo precisamente ese Martín al que se refiere el verso 8 de la traída y llevada copla de la nota 22.

¿Por qué, entonces, si tal era el caudal de obreros disponibles, no se contrató a más mano de obra de Trillo...? ¡Pregúntenlo a Vargas...!

Y a los adláteres españoles de Byne que sacaron alguna tajada en tan desatinada empresa. Hablar, a este respecto, del origen vasco del jefe de carpinteros y encofradores que se ocupaban de los andamiajes, para que se asocie con el apellido de la esposa de don Fernando Beloso, nada es, ciertamente, comparado con otras pistas que, aunque fueron vox populi en el entonces, ni aun pasado tanto tiempo parece prudente airear (y ni siquiera dejarlas veladas entre líneas con la intención de que «qui potest capere, capiat...»). Mas, en el decir de los trillanos (sirva aquí por todo manjar a quienes se les ha abierto el apetito), lo que parece claro es que hubo personas

Julio Batanero Bodega (cuyos 3.º y 4.º versos los hemos oído, a veces, en otro orden y con otras variantes):

*De la madera ha salido
una cuadrilla (de) toreros
que han pregonado la fama
de Trillo hasta el mundo entero.
Antonio es primer espada;
Lucío, el banderillero;
calavera, modo (de) estoque,
el tío Martín, puntillero;
el tío Alejo, picador,
porque gasta buen sombrero...,
y para los monosabíos,
los hijos del Cachumeno.*

(23) De los hijos varones de Martín y María —Santiago, emigrado a Francia, Agustín, casado con Cristina Henche Bodega, y Florencio, casado con Natividad Henche Bodega— fue este Florencio un destacado “cuadrillero” con el grupo de su tío Epifanio, quien, por su parte, era el “ranchero” y cocinero de la cuadrilla. Tres fueron también los varones que, además de cuatro hembras, tuvieron Mariano y Patricia: Miguel, casado con Rafaela Simón Morales; Doroteo, casado con Cirila Gil Batanero; y Gregorio, casado con Andrea Morales Bodega, matrimonio éste que emigró también a Francia.

y “personajes” haciendo su agosto en aquella operación, a costa del silencio de quienes, sabiendo y pudiendo hacerlo por su preparación o por el puesto que ocupaban en la esfera nacional, no denunciaron..., que las responsabilidades de aquella tropelía sí que parece deben repartirse entre algunas más que cuatro o seis cabezas de turco y hacerlas «extensivas a otro buen número de personas de los más diversos estamentos culturales, políticos y sociales», como muy bien dice en un párrafo Merino de Cáceres (ib., p. 168), y como bien a las claras dejaba patente (hay que volver siempre a él en este tema) Francisco Layna Serrano (24). Tema diferente, limitándonos al escalón de quienes son absolutamente inocentes a los ojos de todos —los operarios—, es aquel a modo o especie de trato de favor que recibían determinadas personas en su actividad. Lo cual, precisamente, y aunque otros dimes y diretes de por medio, vino a provocar sus más y sus menos entre algunos paisanos, hasta el punto de llegar a las manos o a discusiones acaloradas, como la que en cierta ocasión mantuvieron dos transportistas junto al ferry instalado por Byne en el Tajo, arrojando el uno al otro al río..., de lo que ambos todavía pueden dar fe, vivos como están y según transmisión al cronista de un testigo presencial de los hechos (25).

Hubo tratos de favor, sí, como se puede suponer, en el trabajo..., e instancias probablemente para la contratación de la mano de obra en no sólo los lugares más próximos al monasterio.

Con todo, aún fue numeroso el grupo de trillanos que trabajaron en las operaciones del desmontaje, alguna tan decisiva como esa a la que acabamos de aludir del transporte de las piedras, que fue casi exclusiva de camioneros de Trillo. Sirvan, sólo también ahora a guisa de ejemplo, tal venimos haciendo a lo largo de este segundo apunte, sin indagaciones exhaustivas y sin forzar siquiera nuestra memoria, esta veintena de nombres —obreros, carpinteros, canteros y camioneros— de entre los que nos han sido transmitidos.

—Entre los obreros:

Félix Flores Sancho (26), casado que estuvo en primeras nupcias con

(24) O. C., p. 8, donde pueden verse ya citados algunos personajes de renombre sobre los que vierte culpas, en tanto que elogia el comportamiento del Sr. Cordavias, director de FLORES Y ABEJAS (medio escrito éste, al que salva don Francisco de la quema junto con ABC y el HERALDO DE MADRID).

(25) Pedro Bachiller Sancho, concretamente, testigo de excepción como transportista también él, y sobre el que volveremos más adelante.

(26) Uno de tantos nietos de aquel singular trillano del s. XIX sobre el que la transmisión oral ha aportado noticias muy diversas y curiosas y que fue conocido por el tío “Cupido” (Cfr. «APODOS...», p. 24), Blas Flores Rueda de nombre. A tal Blas remontan todos los Flores actuales de Trillo a través de cuatro varones (Juan,

Casimira Bodega Ochaíta, de quién le nació Felisa, y en segundas (contraídas el 24-9-1931, a los tres meses escasos de finalizar las operaciones de desmontaje y traslado de las piedras del monasterio) con Cristina Bachiller Bachiller, viuda que era de un tío carnal del cronista, Ramón Pérez Hernández. Entre las fotos que publica Merino de Cáceres en el artículo de WAH, puede reconocerse precisamente a este Félix en la nº 17a de la página 187 como uno de los obreros que operan en el cabestrante: el de los zahones, para más concreción.

Félix García Bermejo, a quien un accidente acaecido durante las obras del desmontaje al caerle una piedra encima lo mantuvo después largo tiempo con pronunciada cojera; nacido que había en Sotoca, y que se estableció como zapatero (27) en Trillo, donde se casó el 1-2-1913, a sus 36 años, con

Doroteo, Mariano y Cecilio Plácido, padre este Cecilio, casado el 23-11-1899 con María Sancho Bachiller, del Félix del desmontaje de Ovila) y tres hembras: Jenara María, Simona y Luisa.

No fue, sin embargo, el tío Cupido (frente a lo que ya hemos podido oír, a raíz de comentarse los datos que divulgamos en los «APODOS...») el inaugurador del árbol de los Flores trillanos, ni éstos proceden de la tierra de los Morán —propietarios en época del tío Blas del Balneario de Carlos III, a cuyo servicio entró, sí, aquel—, pues llevaban más de medio siglo afincados en Trillo los Flores antes que los propietarios del Balneario: Era ya en 1814 cuando se casaba con Josefa Campos Cerrato (nacida en 1785 y que moriría el 31-12-1854 de un ataque de «apoplejía») el abuelo de Blas, Escolástico Flores Bravo, nacido que había en Torija pero hijo de los cifontinos Santiago y Bernarda, que se habían avecindado en Trillo; y, aunque Santiago y Bernarda tuvieron al menos otro hijo (Francisco, casado con una hermana de Josefa, María Campos Cerrato, el 14-1-1817), fue de Escolástico de quien continuó la descendencia de los Flores que ha llegado a la actualidad, a través de dos hijas (Nicolasa, casada con Juan Peñalver Ochaíta el 28-5-1838, y M.^a de la Cruz, casada con Vicente Sánchez García el 11-9-1847) y de un varón: Plácido, casado con Martina Rueda Simón el 17-11-1834, padres éstos del tío “Cupido”...

Labrador, por más datos, que había sido de profesión dicho Blas mucho antes de entrar al servicio del Balneario y casado que se había el 23-11-1861 con Micaela Bachiller Muñoz... Y se debió, precisamente, su entrada al Balneario, más que como bañero como persona a modo de juglar, a la gran afición que sentía por la música y la composición de coplas, bailes y decires... Afición, en fin, que compartía (junto a una gran amistad, según versión de la propia familia), en innumerables rondas de juventud, con otro trillano, Antonio Ochaíta García (casado con Gertrudis Sancho Morillejo, un hijo de los cuales, Juan, casó con Luisa, la hija de Blas), si bien a este Antonio le llevaba más la vena hacia esos bailes y composiciones ligeras de cuyo nombre le quedó (es sospecha fundamentada del cronista, frente a cualesquiera otras anécdotas que para explicar su origen se han transmitido) la denominación como apodo: “Folías”.

(27) Profesión, en la que encuentro también, una vez más, la razón del alias per-

Juliana Sancho Bachiller, habiendo el matrimonio dos hembras —Josefa y Justa, ésta afincada en Gárgoles de Abajo desde su matrimonio con Herme- negildo Sanz Pérez— y dos varones: Santos y Gregorio, del último de los cuales es hijo el actual Alcalde de Trillo.

Regino Angel Pérez Delgado (28), nacido en 1886 y casado con Petra Batanero Suárez el 28-11-1912, de quienes nacieron una hembra y cuatro varones..., y que fue, por su parte, uno de los tres trillanos que hubo al frente del Ayuntamiento en el transcurso de la Guerra Civil.

Eugenio Pérez Batanero, hijo mayor de los anteriores, quien, mozo ya que era cuando las obras del desmontaje del monasterio y soltero que se encontraba (tal ha permanecido hasta la actualidad), ayudaba al padre a engordar la hacienda familiar trabajando como un jornalero más.

Y Francisco Muñoz Martínez (29), casado el 19-11-1931 (también a los pocos meses de trabajar en las obras del desmantelamiento de Ovila) con Petra Batanero Bodega, con la que tuvo dos hembras —María y Antonia— y dos varones —Gonzalo y Juan Luis, conocido siempre éste cariñosamente por el “Petrilla”—, los cuatro residentes, como la madre, fuera de Trillo

sonal con el que se le conoció —“Balona”—, pues, a tenor de las pistas a mi alcance, sospecho que el término no fue sino un híbrido lingüístico surgido del cruce entre “badana” y “lona”.

(28) Perteneciente a un ramo Pérez que parte, en su ascendencia genealógica, del mismo tronco que el cronista, seis generaciones por encima de ambos, a saber: de Juan Pérez Carrascoso, de cuyo primer matrimonio con Teresa Carrascoso Sacristán celebrado el 27-2-1729 descenderían, andando las generaciones, los ramos de los “Zarrias”, “Ceguis”, “Triquiñuelas” y “Almorranas”; y de su tercer matrimonio con Josefa López, el ramo de los “Chapeta”... Pérez, en fin, de probable origen andaluz y cuyo árbol en Trillo hunde las raíces en el s. XVI en un Juan Pérez de Villegas o de Córdoba (según se expone en la «GUIA Y NOTAS...», N. 44), al que, junto a otros dos árboles (“Caguines” y “Pistones” uno, el de los “Cachuelos” el otro) remontan todos los Pérez trillanos.

(29) Aunque el alias por el que más se le conoció fue el de “Sopón” (heredado de la madre, María Martínez López), era uno de los numerosísimos miembros de la saga de los “Pollones”, como nieto de José Muñoz Yagüe, primero de la serie (apelativo de cuyo origen hemos dado ya razón en «APODOS...», p. 20). Dicho Muñoz trillano, en cuanto a ascendencias genealógicas, es uno de los troncos que, con el no menos frondoso de los “Nietos” y otros dos o tres de muy escasos retoños, remontan a uno de los tres árboles Muñozes que, en mis reconstrucciones, arrancan del primer tercio del s. XVI: el de un Nicolás “el Viejo” (como aparece en los libros parroquia- les), casado con Agueda Bernalta. Los otros dos eran: el de un Francisco, casado con Ana de Segovia; y el de un Antón, casado con Ana de Casalengua..., que es del que descendía el ilustre trillano del s. XVII don Jacinto Muñoz Pérez, entre algunas de cuyas dignidades eclesiásticas cabe citar la de haber sido arzobispo electo de Manila (Cfr. «GUIA Y NOTAS...», § 222-23 y N. 38).

desde los años jóvenes del cronista, pero de permanente mención sobre todo los varones en boca de los paisanos aunque sólo sea a veces por algunas anécdotas que produjo la afición taurina de uno y otro...; afición, por lo demás (hilando sucedidos), que les venía ya del padre, al decir de algunos mayores y a tenor de la recompensa que más satisfacción le causó de entre las recibidas en cierta ocasión de manos precisamente de don Fernando Beloso Ruiz —el propietario de la finca de Ovila reseñado en el apunte primero— por una de las serenatas dadas en ronda de mozos a doña Loreto, sobrina de don Fernando: unas banderillas rizadas que el tío Francisco guardó celosamente larguísimo años.

—Entre los carpinteros y encofradores:

Félix Batanero Ochaíta (30), que se había casado el 8-5-1909 con M.^a de la Cruz Sancho López, naciéndoles tres hembras y dos varones.

Pedro Batanero Sancho, uno de los dos varones (Matías, el otro) hijos del anterior y también carpintero que trabajó como tal en las obras del desmontaje.

Y **Francisco Ochaíta Bachiller**, primo del Félix que acabamos de citar aunque más joven (31), casado el 25-11-1922 con Juliana Bachiller Sancho, habiendo el matrimonio cuatro hembras y un varón.

—De los canteros, picapedreros y afines (actividad ejercida en Trillo

(30) Descendiente del ramo Ochaíta de los “Mitrás”, iniciado por sus abuelos maternos Francisco Ochaíta Piñeiro y M.^a Luisa López-Pantoja Ochaíta (Cfr. «APODOS...», p. 22), carpintero y labrador que era ya Francisco ..., en la cual profesión encuentra también parte de su razón de ser otro apelativo que arrancó de ese mismo Francisco —“Harinosa”—, pues que, encontrándose de chaval con su padre sacando maderos que bajaban por el Tajo en una de sus múltiples avenidas, para extraer de ellos tablones y materia prima del taller, al crío, hartado de pasar fatigas en aquella tarea y parece que gustándole a rabiarse ciertos bollos hechos con polvo de harina expolvoreada en el centro de la masa y llamados en Trillo “harinosas”, no se le ocurrió mejor idea que decirle al padre: «¿Sabes, padre, lo que te digo? ¡Pues que en las riadas lo que tenía que bajar eran harinosas y no maderos...!» Este ramo de Ochaítas, por lo demás, remonta al tronco iniciado por Ignacio Ochaíta Palomino, llegado a Trillo, según tengo dicho (Cfr. «GUIA Y NOTAS...», N. 29D), en el s. XVIII con su hermano Antonio..., del cual Antonio descenderían, a su vez, los de los “Polleros”, “Pelapollos”, “Chaitas”, “Folías”, “Zurrapas” y “Feotes”, entre otras familias.

(31) Descendiente igualmente del ramo de los “Mitrás” pero más conocido personalmente por apelativos cariñosos formados del nombre y del apellido (“Quin” < Francisquin, “Chaitilla” < Ochaitilla: Cfr. «APODOS...», p. 20-21), y un personaje que, en el campo de lo anecdótico, popularizó simpáticos sucedidos protagonizados con un grupo de trillanos aficionados a la caza y que se encargaron probablemente ellos mismos de exagerar al relatarlos.

desde el siglo pasado sobre todo por varios ramos de Bodegas, según apuntábamos más arriba, organizados poco menos que en auténticos gremios, en los que vinieron luego a ingresar, como consecuencia de enlaces matrimoniales, algunos ramos de Sacristanes y otro muy concreto del Bachiller (32), todos los cuales, por lo demás, estuvieron trabajando en el desmontaje del monasterio de Ovila, según testimonio general de los coetáneos), permítasenos por toda relación la cita de un miembro por apellido:

Serafín Sacristán Bodega, hijo de Pedro Sacristán Sierra (ver n. 9), nacido en 1894 y casado con Justa Hernández Serna (33) el 29-1-1921, sin descendencia.

Pedro Bachiller Bodega, quien, además de ser ya él nieto por parte materna de uno de los dos primeros Bodegas establecidos en Trillo como albañiles y alarifes —Juan Bodega Rata, casado con Valentina Batanero López el 28-9-1844 (34)—, reforzó sus lazos con la cantería y albañilería casándose en primeras nupcias el 15-11-1922 con María Bodega Ochaíta, del ramo Bodega de los “Valtablados” (35), y en segundas con Ana Bodega Ochaíta (hermana del abuelo del cronista, y todavía hoy pletórica de salud), de quien nacieron Antonio, Soledad y Modesto.

Y los hermanos **Timoteo y Eugenio Bodega Ochaíta**, hijos del Gregorio

(32) El tronco familiar de los Moreno dedicados a la albañilería y construcción —los “Galleguillos”— es de reciente afincamiento en Trillo, arrancando del padre y abuelo de los actuales, Bonifacio Moreno Alvaro, natural de Morillejo como sus padres (Juan y Petra), y que se asentó en nuestro pueblo de niño, ya con el siglo, cuando su madre, viuda, contrajo nuevas nupcias con el también viudo Mamerto García Henche, natural éste de Trillo y albañil, conocido que fue por el “Gallego”, lo que originó que se aplicara el diminutivo a Bonifacio... Pero estos términos no (tal el cronista tiene oído ya a eruditos de café) en el sentido en que aplican a veces los castellanos “gallego” —persona con doblez, de más de una palabra...— (lo que se aviene mal con la forma de ser franca de esa familia), sino sencillamente porque, aunque trillano, Mamerto era hijo del gallego Juan García Álvarez, quien había nacido en 1828 en Santa María de Tomiño (obispado de Tuy, Pontevedra), avecindándose luego en Trillo, donde casó con M.^a Antonia Henche Peñalver el 1-3-1851, y falleciendo el 30-12-1902 a sus 74 años de un ataque de «miocarditis».

(33) Hija de Andrés Hernández Moreno y de Juana Paula Serna Gil, esto es, de la gran familia de los “Toños” (Cfr. «GUIA Y NOTAS...», n. 95).

(34) Como hijo de Cipriano Bachiller Abad —o sea, “Churrupito”— y de Cayetana Bodega Batanero, hermana que era ésta de Juan, Joaquín (bisabuelo mío), la tía “Isidorilla” (citada más arriba) y del también citado Saturnino el “Güesina”, que fue, abundando en datos, el que actuó de “alarife” en la construcción el año 1917 del pilón que actualmente tiene la Fuente Nueva.

(35) Como hija del tenido por primer “Valtablado” (ver n. 9), Gregorio Bodega García, casado a sus 27 años el 2-10-1886 con Juliana Vicenta Ochaíta Sancho, que tenía 19.



a

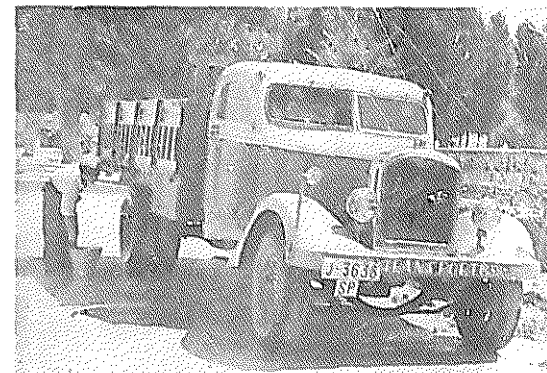


c

a) Pedro Bachiller Sancho (1947), transportista y testigo excepcional del desmantelamiento del monasterio de Ovila.

b) Camión "Saurez" en el que se realizó el traslado de la portada del monasterio.

c) El mismo "Saurez", el 12 de octubre de 1933, identificable por la matrícula aun siendo



b

distintas las cabinas, tras colisionar contra él el turismo cuyos restos se ven al lado en trágico accidente que costó la vida a D.^a Carmen Bueno de Paz, la esposa de D. Francisco Layna Serrano... ¡precisamente —ironías del destino—, quién tanto había luchado contra el desmantelamiento y expatriación del monasterio de Ovila!

de la nota precedente, que actuaron a modo de jefes o cabezas del grupo de los canteros trillanos que trabajaron en el desmonte del monasterio; casado que estuvo Timoteo con Paulina Ibáñez García, en tantó Eugenio, que había nacido en El Recuenco al finalizar el siglo pasado, se casó en primeras nupcias el 21-1-1926 con Isabel Muñoz Carrascoso, y en segundas el 5-2-1934 con una hermana de Isabel, Saturnina, que disfruta también a la sazón un excelente estado de salud.

—Fue, finalmente, como decíamos más arriba, en el transporte de las piedras, donde la acción quedó casi en exclusiva en camioneros de Trillo, pues que sólo puede exceptuarse en rigor a un transportista de Trijueque, **Luis Vegas** de nombre.

La contrata, efectivamente, del transporte, que la llevaba la empresa internacional Garrouste y Arroniz (algunas de cuyas oficinas, al menos, se encontraban en un edificio de la Gran Vía madrileña próximo al de El Fénix, y que es la empresa citada por Merino de Cáceres como consignataria de la reexpedición de las piedras desde Valencia a San Francisco en once barcos), fue adjudicada al comienzo a los “Emilios” (36) de Trillo, esto es, a los **Hermanos Bachiller Sancho**. De ellos hacía de cabeza el mayor, **Ignacio**, casado el 22-11-1929, a sus 28 años, uno antes de las obras del desmontaje, con Emeteria (Marina en familia y para los del pueblo) Ochaíta Bachiller (37); el conductor era **Pedro**, casado en primeras nupcias con Rosa Ochaíta Bachiller (38) (de quien nacieron Alfonso, Angel y Pedro), y en segundas con Aurelia (natural de Sotodosos y madre de Emilio Alberto). Hicieron el transporte primero con un camión «Dedion Bouton», al que añadieron más tarde un «Suarez» (cito “de oído” las marcas, y se trata en este caso, por cierto —sirva como dato de importancia más que anecdótica—, del mismo camión contra el que colisionara el 12-10-1933 el turismo en el que viajaban don Francisco Layna Serrano y su esposa doña Carmen Bueno de Paz, falleciendo ella en el acto). Ellos, por otro lado, asociaron desde el primer momento para esta actividad a su primo **Agustín Bachiller Ochaíta**

(36) Tal es la versión de varios de los camioneros. El apelativo común lo deben simplemente a ser hijos de Emilio Mariano Bachiller García, casado el 27-2-1897 con Lucía Sancho López, hijo él que era de Telesforo Bachiller Pérez y biznieto, así, del primer Bachiller —Félix— que se afincó en Trillo a finales del s. XVIII (Cfr. «GUIA Y NOTAS...», n. 47) o tal vez ya comienzos del XIX, pues que previamente se estableció un tiempo en Azaón.

(37) Hija de Juan Ochaíta López y de Maximina Bachiller Pérez; este Juan, del mismo ramo Ochaíta de los “Mitras” ya aludido, como hijo de los iniciadores Francisco y M.^a Luisa (ver n. 30).

(38) Hija de Tomás Ochaíta Batanero y de la 2.^a esposa de éste, Andrea Bachiller Pérez, que, hijos de trillanos, se afincaron en Cifuentes constituyendo uno de los ramos del Ochaíta de los “Polleros” (Cfr. «APODOS...», p. 23).

ta (39), casado el 10-1-1935 con Gumersinda Petra Batanero Sancho, el cual hacía el transporte en otro «Dedion Bouton»...

Y fue, precisamente, Pedro Bachiller Sancho el que realizó el traslado de las piedras de la portada principal de la iglesia del monasterio, portada que era «obra de la escuela de Covarrubias con marcada influencia de Jamete», y que se reinstaló desde 1965, aunque con recomposición «bastante poco afortunada», según Merino de Cáceres, en el Patio Hearst del De Young Museum de San Francisco (o. c., pp. 192 y 210). Ni que decir tiene que el transporte de esa pieza excepcional lo hizo con todo sigilo en un viaje por la noche y con destino en Madrid no a los almacenes habituales de la finca Clemente Camarasa sitos en el Paseo del Rey nº 14 y 16, junto a la Estación del Norte, sino a una dependencia que Garrouste y Arroniz tenían en la calle Goya muy cerca de la Cruz Blanca... De Leganiel, pueblo de Cuenca junto a Barajas de Melo, cuenta Pedro que era de donde traían las “pleitas” o esteras de esparto en que embalaban al pie de obra en Ovila, al arreciar las prisas, las piedras transportadas directamente a la estación de Matillas... El es también (pero sus datos son corregidos por otros testigos preguntados) quien nos informa de que el desmonte general tardó más de un año (lo que contrasta con el tiempo que dan los otros y que da Merino de Cáceres, pp. 203-205)... Y él es también personalmente quien, en el capítulo ya de lo puramente anecdótico, nos cuenta cómo, descargadas cierto día las piedras en su destino del Paseo del Rey, se encaminaba por la inmediata Cuesta de San Vicente hacia la Plaza de España para dirigirse a la Casa Saurez a que le revisaran el embrague del camión, cuando un peatón se accidentó dándose de bruces con la parte trasera del camión...: el peatón, inconsciente, que queda tendido en el suelo; Pedro Bachiller que es trasladado a una comisaría; de allí, preso, a las Salesas..., hasta que un tal don León, ingeniero de Garrouste y Arroniz, pagó, y salió él bajo fianza... Al fin, el percance no había pasado de un simple susto; eso sí: Pedro Bachiller, esa tarde, se había quedado sin ver la corrida de las Ventas, a la que se había comprometido a ir con otros transportistas...

Luego que fueron apremiando las circunstancias, también tuvo acceso al traslado de las piedras **Casimiro del Val Romero**, de la saga de los “Franchises” de Azañón, pero casado con la trillana Isabel Carrillo Sancho (padres de León, Adoración, Máximo y Josefina), y que ya se habían bajado a vivir a Trillo al empezar las obras del desmontaje (40). Conducía su camión (un ¿«GMC»?) **Jenaro Bachiller Sancho**, casado el 26-2-1927 con

(39) Hijo de Juan Bachiller García y de M.^a Bernarda Ochaíta Batanero, siendo Juan un hermano de Emilio Mariano.

(40) Fue, abundando en más datos, en su casa de Azañón en la que, según se nos ha hecho saber, se hospedaron algunos de los personajes que vinieron de los EE.UU. a Ovila para reconocer in situ directamente los materiales. Los transmisores de la noticia no precisan nombres: ¿Walter Steilber, tal vez?, ¿el mismo Byne, quizás? El

Jesusa Sancho Batanero (padres de Valentina y Salvador), hasta que se disociaron, quedando entonces como conductor de Casimiro **Félix Muñoz Carrascoso**, casado el 23-10-1944 con Juana Luisa Bodega Hernández.

Y fue (y concluimos así) con ocasión de tomar también parte en el transporte de aquellas piedras, cuando empezó a officiar el transporte con una camioneta «Chevrolet» **Fernando Carrascoso Carrillo**, “carretero” de profesión como su hermano Tomás y como su padre Matías (41), y casado el 18-11-1911 cumplidos 24 años de edad con Constantina Muñoz Hernández. Era su conductor **Rafael García Mateo**, hijo éste de la trillana M.^a de las Nieves Mateo Ramírez y de don Rafael-Tomás de Jesús-Gregorio de la Caridad García de Fuentes, que, aunque vecino de Trillo, era natural de Holguín (Cuba), según reza el acta de su boda con M.^a de las Nieves, celebrada un 23 de febrero de 1903, contando él 34 años y ella 19.

hecho es que incluso hablan de un “fraile”, que era el que realmente entendía de las partes de más valor y que más interesaba desmontar.

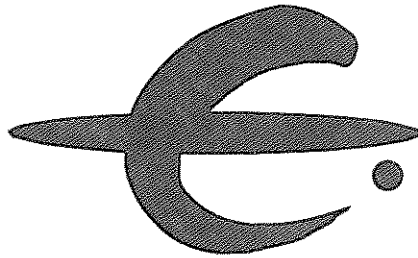
(41) A través de los cuales se ha conservado en Trillo la única rama del apellido Carrascoso transmitida por línea paterna de las tres que se iniciaron en el s. XVI —Pedro, Juan, Julián—, siendo con la del último con la que entronca Matías. Conocido que fue, en otro orden de cosas, por el “Trascacho”, apelativo que creo tiene que ver con la arriería y, por lo tanto, con su oficio de carretero (interpretándolo como formación a partir de “trasca”: correa fuerte de piel de toro..., que sirve para hacer cabezadas, uncir yuntas...), y que recientemente lo hemos localizado incluso como nombre de una asociación cultural de Valdepeñas (Cfr. NUEVA ALCARRIA, 13-1-1989, p. 5). Biznieto, en el orden genealógico, de un hermano del ilustre trillano de la segunda mitad del s. XVIII don Narciso Carrascoso Sanz, que fue, entre otros títulos, Prebendado de Sigüenza, Capitán del Regimiento de Milicias de esa ciudad, Director del Balneario de Carlos III..., y en cuya casa de Trillo se hospedaron Jovellanos, los Ariza y mil personajes más, en expresión del propio Jovellanos (Cfr. «GUIA Y NOTAS...», § 44-45). Y, enlazando con el 1.^{er} apunte, resultando también ser dicho Matías tío carnal por parte de su mujer —Petra Carrillo García— de la madre de Juanita, la esposa de uno de los últimos propietarios de la finca de Ovilla, Enrique Visado.

En la
publicación
de este trabajo como
n.º extraordinario de ARRIACA
ha contribuido con la subvención ordi-
naria la Excm. Diputación Provincial de Guada-
lajara, en edición exclusiva y numerada de 1.000
ejemplares para los socios y simpatizantes de la
CASA DE GUADALAJARA EN MADRID. (ABRIL, 1989).



0 868

En Madrid



iberCaja

Si usted recorre Aragón, La Rioja y Guadalajara, se encontrará con frecuencia con este nombre, con este logotipo, que representa a una Institución Centenaria y, a la vez, moderna:

La Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.

Una de las Cajas de Ahorros más importantes de nuestro país, con mayor implantación popular e innovadora, con unos servicios ágiles y eficaces.

Compruébelo usted mismo.

En Madrid, también estamos a su servicio en:

Oficina Principal: Alcalá, 29

Agencia Urbana 1: Paseo Santa María de la Cabeza, 67

Agencia Urbana 2: Bravo Murillo, 152

Agencia Urbana 3: La Oca, 64

Agencia Urbana 4: Alcalá, 300

Area Internacional: Sor Angela de la Cruz, 2, planta 16



**DE AHORROS DE ZARAGOZA
ARAGÓN Y RIOJA**